

xilios necesarios no nos faltarán nunca. Pretextar, pues, dificultades, es publicar su flojedad y su poco valor. Animémosnos á la vista de estos tiernos y conmovedores ejemplos; hagámos ver que en medio de los cargos y de los empleos, entre las ocupaciones de una familia, en el obstaculo mismo de los negocios, en que nuestro deber nos tiene obligados, podemos servir á Dios, y por éso merecer la gloria de los santos, puesto que tántas personas la han conseguido permaneciendo en las mismas obligaciones, y no teniendo otros medios para santificarse más que los que nosotros tenemos; en una palabra, esforcémosnos para llegar á ser santos, si queremos ser éternamente dichosos. Los bienaventurados que honramos hoy nos contemplan desde lo alto del cielo, cómo testigos de nuestros combates; se compadecen de nuestras miserias y debilidades; se interesan por nuestra dicha; no busquémos pretextos vanos para dispensarnos de seguir sus ejemplos, temerosos de que estos mismos ejemplos no nos sirvan un día de reproches y de censuras, que nos convencerán de que no era imposible vivir cómo ellos, puesto que fueron antiguamente lo que nosotros somos ¹.

Conclusion. — Cristianos, la festividad de Todos los Santos nos es ahora conocida en su historia, en los motivos de su institucion y en la manera de celebrarla. Su historia nos la muestra remon-tando á los primeros siglos del Cristianismo, y contribuyendo á hacer restituir al culto del verdadero Dios uno de los más celebres monumentos levantados al culto abominable del demonio por la idolatria romana. Los motivos de su institucion, que son principalmente honrar á todos los santos que no tienen fiestas particulares, hacernos reparar las faltas cometidas en las festividades de los santos que celebramos genéralmente demasiado mal, y disponerlos para acordarnos toda su proteccion, son tán justos respecto de los bienaventurados cómo saludables para nosotros. Por ultimo, la manera de celebrar esta grande solemnidad es de las más nobles, puesto que es preciso para esto tributar á los santos un

1. Du Clot, loc. cit.

culto que parta del fondo del corazon, dirigirles nuestras suplicas con entera confianza, y por ultimo, imitar las virtudes que han practicado mientras que estaban en la tierra, cómo estamos nosotros, rodeados de las mismas dificultades. Formémosnos, pues, cristianos, una grande y justa idea de esta hermosa festividad; penetrémosnos más y más, por nuestras reflexiones, del espíritu y de las intenciones; por ultimo, apliquémosnos á celebrarla de una manera que honre réalmente á los santos, y que nos haga avanzar en el camino de la salvacion, á cuyo termino encontrémos á nuestra vez el cielo. Así séa.

FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS

TERCERA INSTRUCCION

De los Santos

I. Lo que ellos han sido en la tierra. — II. Lo que son en el cielo.

En este día consagrado por la Iglesia á honrar á todos los santos que están actualmente en el cielo, hé pensado que, para disponerlos á tributar á estos bienaventurados el culto que merecen, debía aplicarme á haceroslos conocer bien. Pues, qué honor sincero y serio se puede tributar á lo que no se conoce? Y un homenaje ciego es siquiera honroso para el que es el objeto? Por el contrario, cuando se sabe de una manera muy clara y muy évidente que una persona merece ser honrada, se está naturalmente dispuesto á tributarla homenajes de respeto y de consideracion; y estos testimonios, por otra parte, no son yá entonces una vana lisonja, sinó un honor verdadero. — Luego, para haceros comprender bien á los santos, voy á deciros en primer lugar, lo que hán sido en la tierra; y en segundo lugar, lo que son en el cielo.

I. — *Lo que los santos hán sido en la tierra.* — Frecuentemente, se forma ideas falsas sobre lo que eran los santos durante su es-

tancia aquí bajo, y ahora en el cielo. Hay principalmente en este asunto dos errores que es muy esencial refutarlos, y esta doble refutación nos suministrará precisamente una noción bastante justa de lo que han sido los santos en este mundo.

El primero de estos errores es el que hace, de los santos, espíritus debiles y limitados, extraños á las cosas de la inteligencia y del saber, y corazones frios y égoistas, ocupados unicamente de si mismos y cerrados á todas las necesidades de sus semejantes. Es absolutamente lo contrario de estas alegaciones que es lo cierto ¹.

1. El elogio de los héroes del Evangelio puede ser otra cosa, en este siglo, más que su apología? porque, hasta dónde la impiedad no há llevado su audacia? No contenta con perseguir y con calumniar á los discipulos de Jesucristo, mientras que viven en la tierra, los persigue hasta en el mismo cielo, y los ultraja tambien despues que han llegado á ser objeto del culto y de la veneración publica. A creerlos, estos santos que invocamos no han sido más espíritus debiles y limitados, almas rastreras y vulgares; su piedad no era más que una superstición pueril; casi todas sus virtudes (dispensád que yo repita estas blasfemias) se reducian á grosero fanatismo; y si algunos entre ellos han merecido élogios, han quedado muy por debajo de los grandes hombres cuyas acciones se lee en las historias profanas. Nos impresionarán estas censuras? Nó, porque es muy facil demostrar la injusticia. No nos detendremos á destruirlas, haciendo ver que los santos han sido espíritus ilustrados, almas fuertes, y corazones rectos, puros, sensibles y generosos; sinó que, para poner su gloria en claro, y confundir para siempre á sus detractores, emprenderemos establecer y probar, sin replica, estas dos proposiciones: la primera (oidla bien), que los santos han sido los solos verdaderos grandes hombres, con exclusion de éstos genios ensalzados, de éstos héroes y de éstos pretendidos sabios que el mundo admira; la segunda, que los santos han sido las solas verdaderas gentes de bien, con exclusion de éstos pretendidos modelos de virtudes humanas que el mundo canoniza. Pero, porque estas dos proposiciones me suministran el tema de dos discursos, me limitaré hoy á la primera parte, y me contentaré con hacerlos contemplar á los santos cómo los solos verdaderos grandes hombres.... Cuáles son los verdade-

Nó, los santos en la tierra no han sido espíritus estrechos, limitados é ignorantes. Los santos no han buscado la ciencia por si misma, ni para satisfacer su orgullo ó su curiosidad. No obstante, no han dejado de buscarla con perseverencia y exito, á causa de las ventajas espirituales que podian obtener, sea para ellos mismos, sea para sus semejantes. Asi que todos han sido espíritus cultivados, más ó menos, segun la inteligencia que Dios les habia dado y los cargos que les habia confiado. Todos han conocido excelentemente las grandes verdades de la religion, que avantajan infinitamente á los conocimientos del orden natural. Y en cuánto á estos, el numero de los santos que los han poseido en un grado éminente es incalculable. Por ejemplo, quién há penetrado los misterios de la filosofia tán profundamente cómo San Agustin, y Santo Tomás de Aquino? Quién há manejado mejor la palabra y sido más élocuente que San Juan Crisostomo y San Bernardo? Quién há conducido el pínzel con una mano más inspirada que el bienaventurado Angelico de Fiesole ¹?

ros grandes hombres dignos de este nombre? por qué rasgos debemos reconocerlos? no es por una elevación extraordinaria de miras y de pensamientos; en segundo lugar, por la sublimidad de su valor que nada puede asombrar ni abatir; en tercer lugar, por ultimo, por acciones y por obras grandes y maravillosas? Si estos son los caracteres de la verdadera grandeza, me atrevo á decir que no se encuentra más que en los santos, ó en los grandes hombres que la religion há formado (De Mac-Carthy, *Serm. para la Fiesta de Todos los Santos*).

1. Los grandes hombres hacen las cosas grandes, y dejan detrás de si monumentos ilustres de su genio y de sus virtudes. Se me preguntará qué es lo que han hecho de grande y de maravilloso los santos? Cómo es facil responder! y qué campo se abre aquí, si el tiempo permitiéra recorrerlo! Pasaria revista á todo lo que los siglos antiguos y los tiempos modernos han producido en hombres celebres, y les retaria á poner sus obras, las más encomiadas, en paralelo con las de los santos; preguntaria, por ejemplo, á un Solon y á un Licurgo, si sus leyes éfimeras pueden entrar en comparación con la legislación de un Moisés,

Los santos, espíritus estrechos y limitados! Quién, por el contrario, há llevado sus pensamientos y sus miras más alto que ellos? En el mundo, son calificados de grandes inteligen-

que subsiste todavía en su fuerza, al cabo de tres mil años, que prolonga más allá de todos los límites conocidos la existencia del pueblo á quién fué dada, y que, por un fenómeno inexplicable, le conserva sin mezcla en medio de todas las naciones entre las cuáles está dispersado, le hace sobrevivir á todas, y le imprime un carácter único de inmortalidad. — Preguntaría con la misma confianza á los renombrados poetas de Roma y de Grecia, cuál de sus cantos se atreverán á oponer á los cánticos sublimes de David, á los tiernos gemidos de Jeremías llorando sobre las ruinas del templo y de la ciudad santa, á las amenazas refulgentes de Isaias, que parece, de lo alto de los cielos, lanzar el trueno; y les diría: se encuentra en vuestros escritos el genio del hombre imitando la inspiración divina; se encuentra en los de los profetas, la verdadera inspiración divina, eclipsando todos los esfuerzos del espíritu humano. Me dirigiría enseguida á los más afamados oradores de los siglos de Augusto y de Pericles, y les obligaría á confesar, que los Gregorio de Nacianceno, los Basilio, los Crisostomo, los Ambrosios, les han aventajado en elocuencia. Llamaría á los historiadores, y les haría comprender cuánto sus más bellos relatos ceden á esta historia sencilla y magnífica del origen de las cosas, en dónde el Criador nos es presentado sacando de la nada el cielo y la tierra con una sola palabra, desembrrollando el caos, ordenando á la luz que sea, y obedecido por la luz que existe y aparece docil á su voz, lanzando en sus dos caminos los dos grandes luminares á quienes há dado el imperio del día y de la noche, y sembrando las estrellas en el espacio. Haría comparecer á estos orgullosos filósofos que fueron llamados divinos; se avergonzarían de sus pomposas y estériles declamaciones, de su falsa ciencia y de su vergonzosa moral, en presencia del Evangelio que derrama de pronto por el mundo una luz tan pura y tan nueva; que, sin pompa de palabras, enseñó todas las verdades necesarias, hizo conocer al verdadero Dios y el solo culto digno de él, sentó los principios éternos de las costumbres, y enseñó á los hombres á amar y á practicar la virtud, sobre las cuáles estos vanos discursadores no habían sabido más que disputar. Vendrían enseguida los conquistadores: que les

cias, los que aspiran á gozar aquí bajo un papel de algunos instantes, y á vivir en la memoria de raros eruditos durante un corto número de generaciones. Sin embargo, qué son estas prétendidas

opondría yo, cristianos? una conquista mucho más rápida, más extensa, más asombrosa que las suyas; la del universo, hecha en pocos años por doce pobres pescadores, sin ejército, sin tesoros, sin auxilio humano, por la sola virtud de esta divina cruz, que levantó desde luego contra ella á todos los poderes de la tierra, y muy pronto los humilló á sus pies. Los fundadores de reinos y de imperios comparecerían á su vez: les mostraría la Iglesia, este reino á la vez espiritual y visible, extendido del occidente á la aurora, subsistiendo sobre una base inmovil, desde hace diez y ocho siglos, y desafiando á todos los esfuerzos del infierno y del mundo; y yo les preguntaría quién, entre ellos, há fundado una sociedad tan grande, tan estable, tan sabiamente gobernada, que haya resistido á tantas tempestades, que ofrezca las mismas garantías de una duración sin fin. Los bienhechores de la humanidad se presentarian también: ay! existen muchos bienhechores verdaderos de los hombres, entre estos grandes personajes que el mundo celebra? Uno solo me bastará para eclipsar á todas estas virtudes mundanas, Vicente de Paul! que, siendo pobre, supo con los recursos milagrosos de la caridad, alimentar millones de pobres, derramar la abundancia por las extensas provincias assoladas por la peste, el hambre y la guerra, llevando sus inagotables larguezas hasta las regiones las más remotas. — Quién podría contar todos los servicios prestados á la sociedad entera, todas las grandes cosas hechas por los santos? Las costumbres de los pueblos barbaros dulcificadas; las supersticiones monstruosas del paganismo abolidas; los innumerables asilos para los pobres enfermos, para la infancia abandonada, para la ancianidad sin apoyo establecidos por todas partes; los monasterios construidos convertidos en asilos de la ciencia y de la virtud, y en depositos en dónde se conservaron, en medio de los estragos de la barbarie, todas las riquezas de la antigüedad profana y sagrada; las primeras escuelas creadas, los primeros fundamentos de los buenos estudios y de una sabia legislación, puestos por el piadoso emperador Carlomagno, y por los santos hombres que él llamó de todas las partes de Europa, alrededor de su trono; la edad media ilustrada por los

grandes inteligencias, al lado de nuestros santos? A éstos, la posesión de una pequeña parte del mundo llena todos sus deseos. Pero los santos, habiendo mirado el mundo entero, y comparándolo con la inmensidad de sus aspiraciones, lo han encontrado pequeño. Hubiéraseles dado su imperio, y no lo habrían aceptado. Conociáranse y se sentían llamados á gozar de bienes mayores que el mundo no puede ofrecerles. Su ambición se elevaba hacia el cielo inmenso, y su sed de felicidad no estaba satisfecha más que por la esperanza de una eterna dicha. Muy lejos de ser espíritus estrechos y limitados, los santos todos han sido hombres que tenían ideas muy amplias y sentimientos elevadísimos ¹.

escritos de muchos santos, que fueron los solos sabios de su siglo; estas grandes ordenes religiosas establecidas, que prestaron más servicios á la agricultura, á las artes, á las ciencias y á las letras, que todas nuestras Universidades y academias; los magníficos templos, levantados para ser el adorno de nuestras villas y ciudades; y, por último, todo el inmenso poderío que España alcanzó en los siglos xvi y xvii, á quién fué debido sinó al predominio de la Iglesia católica en el país? (De Mac Carthy, loc. cit.)

1. Que el mundo presente á nuestra vista éstos héroes que nos elogia, todos éstos extraordinarios genios cuya gloria quiere él que nos deslumbrase: guerreros, políticos, filósofos, sabios, oradores, afamados escritores. A qué han aspirado todos éstos hombres? cuál ha sido el objeto de sus pensamientos, el fin de sus trabajos, cuándo la religión y la fé no los han ennoblecido? Los unos se han lanzado en medio de los azares, vivido en alarma, prodigado sus tesoros y la sangre de sus súbditos, llevado lejos el estrago y la desolación, para conquistar provincias, subyugar pueblos y rodearse de un fantasma de poder que la muerte iba muy pronto á hacer desvanecer. Los otros han consumido largas vigiliass para hacerse un nombre por algunos progresos en las ciencias humanas, carrera inmensa de la cuál no han podido, con todos sus esfuerzos, ni alcanzar ni percibir los límites. Los otros, por fin han puesto todos sus cuidados en hacer brillar su sabiduría, su habilidad, su elocuencia ó sus talentos, en la escena del mundo. Todos han considerado cómo la suprema dicha, el poder conservar, despues de la

Tampoco han sido corazones égoístas y unicamente ocupados de sí mismos. Tambien aqui es completamente lo contrario de esta acusacion, lo que es cierto. Nunca se há visto en este mundo, en

muerte, una vida imaginaria en el recuerdo de los hombres, y hacer todavia un poco de ruido en el mundo despues de haber desaparecido para siempre. Tal es fruto que se han propuesto con tantos peligros, fatigas y trabajos; ésa há sido la ambición de estas almas que se llama grandes. Pero quién no exclamará aqui con un verdadero sabio, inspirado por Dios: *Vanidad de vanidades, no hay más que vanidad*. De qué sirve, en efecto, á ése conquistador haber reinado sobre extensos estados, cuando de todo lo que poseía no le queda más que un poco de polvo, con el cuál confunde el suyo? de qué sirve ése soberbio poder, cuyo peso hacíase sentir á naciones enteras, cuándo los últimos de sus súbditos pisotéan sus cenizas? *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*. *Eccl. 1, 2*. Qué queda á ése sabio de tantos conocimientos y luces; á ése orador, á ése escritor celebre, de ése fuego de genio del cuál se enorgullecía, cuándo todo há ido á apagarse en los hielos y en las sombras de la muerte? *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas*. Qué importa una inmortalidad en idea, al que no es más que un recuerdo? y qué es entonces un vano renombre, cuyo ruido no es oído en el sepulcro? *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas*. — Véamos si los santos han tenido una ambición más noble, y si han llevado más arriba sus pensamientos y sus miradas.. Ellos habian comprendido que no está aqui la patria de los hijos de Dios, sino un lugar de destierro y de tránsito: que este mundo visible, apesar de todas las maravillas que encierra, no es la obra perfecta de las manos del Criador, sinó solamente el compendio y el bosquejo de otro mundo más grande y más perfecto, en dónde la magnificencia divina se despliega enteramente. Sabian ellos que más allá de este valle de lagrimas, de este téatro de miserias, de desordenes y de crímenes, está el reino de la santidad y de la paz, en dónde no hay ya vicisitudes, ni temores, ni dolor, y en dónde los elegidos de Dios gozan, en el seno de un inalterable reposo, delicias siempre nuevas. Era hacia ésa mansion de la felicidad inmutable y permanente, que se lanzaba su corazón constantemente en medio de los objetos perecederos que les rodeaban. Era de ésa bienaventurada patria y de sus inéfables bellezas, que no se cansaban de hablar. Lefan con

efecto, corazones más afectuosos y más benéficos que los de los santos. Qué hayan sido ricos ó pobres, poderosos ó débiles, en los honores ó en la oscuridad, todos han pasado aquí bajo, cómo Nue-

avidez todo lo que los Libros Sagrados refieren; y se representaban con una inexplicable alegría ésos cielos y ésa nueva tierra, ése sol de justicia que nunca se oculta, ése día puro de la eternidad, ésa ciudad misteriosa que el Cordero divino ilumina, que riegan torrentes de deleites divinos, que rodea una muralla de paz, y que llena la abundancia de todos los bienes. Llenos de ésas imágenes arrebatadoras, exclamaban en arrebatos de admiración: « Qué son tus encantos para los que te habitan, oh! ciudad del Dios vivo! puesto que para nosotros que te contemplamos de tan lejos, nos pareces ya tan gloriosa y tan bella? Oh! cómo todas las cosas de aquí bajo nos parecen viles y despreciables al lado de lo que de ti se cuenta: » *Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!* Ps. LXXXVI, 3. No era una inmortalidad quimérica, la del nombre y de los recuerdos, que se prometían ellos en ésa región de la vida, sino la inmortalidad real y perfecta de todo su ser. Esperaban ellos, no solamente que su alma, esta sustancia espiritual é incorruptible, viviría para siempre, sino que este mismo cuerpo de barro, después de haber sufrido, por su disolución, la sentencia pronunciada contra la carne, oíría un día en el sepulcro la voz del Hijo del hombre; que su ceniza apagada y su insensible polvo se reanimarían al soplo del que lo há sacado de la nada; y que entonces renovando su juventud como la del águila, revestido con una fuerza, una gracia y con una belleza impercederas, participaría de la gloria y de la dicha del alma á la cual se reuniría para siempre... Mientras que el impio se alimenta con la esperanza horrible de la nada, y que los insensatos hijos del siglo limitan todos sus deseos al tiempo que se escapa con un rápido vuelo, los santos de todas las edades repiten lo que uno de ellos decía, hace más de tres mil años: « Yo sé que mi Redentor está vivo, que en el último día saldré del sepulcro cubierto con esta misma carne, y que veré á mi Dios; esta esperanza es mi tesoro que guardo en el fondo de mi corazón y que no me la dejaré arrebatar. » *Reposita est hæc spes mea in sinu meo.* Job. XIX, 27. — Oh! esperanza de ver y de poseer á Dios! sentimiento sublime y noble! necesidad de los grandes corazones, que nada limitado puede satisfacer, y que lo infinito solamente puede llenar!

tro Señor, su modelo y el nuestro, *haciendo el bien*¹. Los que tenían bienes, los han distribuido á los pobres; los que no poseían

Oh! santas almas! es de Dios que estais hambrientas y sedientas en la tierra; es á él que vuestros deseos buscan en el mismo cielo; y sin él todas las delicias de esta bienaventurada mansion habrían perdido su encanto y su precio á vuestros ojos. Vosotros sabiais que en él solo estaba el manantial de todo bien, el centro de toda perfección, el lugar de vuestro descanso y de vuestra beatitud. Es allí, es en el seno de Dios que vuestro espíritu, avido de conocer, debía saciarse con la plenitud de la ciencia, contemplando la verdad en su principio, abrazando con una mirada todas las cosas, y viendo la luz en la luz misma: *In lumine tuo videbimus lumen.* Ps. XXX, 40. Es allí que vuestro corazón debía apagar su ardiente sed de felicidad, satisfacer sus inmensos deseos y su insaciable amor, recibir una medida llena, colmada, abundante y sobreabundante: *Mensuram bonam, et confertam, et congitatam, et superfluentem;* Luc. VI, 38; es allí que vuestra legítima y generosa pasión por la verdadera gloria debía ser satisfecha, cuándo, coronados por la mano de Dios, reinaréis con él; que, sumergidos en ése oceano de gloria que rodea su trono, completamente penetrados por ése esplendor, llegaréis á ser semejantes á él mismo, cómo el espejo que refleja los rayos del sol, brilla con el fulgor de este astro y rexpide todos sus fuegos: *Similes ei erimus, quoniam videbimus eum si acti est.* I. Joan. III, 2. El espíritu siempre fijo en ésos grandes objetos de vuestros deseos, os levantabais por encima de las cosas humanas; habitabais menos la tierra que el cielo; mirabais la gloria de este mundo cómo humo que se disipa en los aires; los placeres de los sentidos, cómo un oprobio; la vida, cómo una flor que se marchita en un día; toda la ciencia y la sabiduría del siglo no os parecían más que ignorancia y locura; la posesion de todas las riquezas del universo hubiéese sido á vuestros ojos una perdida: *Quæ mihi fuerunt lucra, arbitratus sum detrimenta.* Philipp. III, 7. Morir para ir á vivir con Jesucristo era la única ganancia de que estuvisteis avidos: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum,* Philipp. I, 21. Son ésos pensamientos bajos y terrestres? No son antes bien los sentimientos los más elevados que puedan entrar en el corazón del hombre? (Mac-Carthy, loc. cit.).

1. Act. X, 38.

nada, se han dado ellos mismos para la asistencia de los necesitados. Precisa citar á San Paulino de Nola, á San Francisco de Borja, y á mil otros, que, aunque poseyendo inmensas riquezas, no se guardaban ni aun lo más necesario para atender á las necesidades más apremiantes de la vida? Es necesario citar los Ramon Nonnato y los San Vicente de Paul, entregándose en rehén á los piratas de Argel para rescatar los prisioneros que no podían liberar por falta de dinero? Que se busque si hay un hospicio ó un establecimiento caritativo cualquiera, que no tenga á un santo por fundador ó por lo menos por inspirador: no se le encontrará. Pero la abnegación de los santos brilla más todavía cuando se trata de las almas que cuando se trata de los cuerpos. Véase sobrellevar todas las fatigas y todas las privaciones, afrontar todos los peligros, sufrir todos los tormentos y la misma muerte por llevar la luz del Evangelio á los infieles, atraer á la verdadera fé á los herejes, ó hacer entrar en el camino del deber á los que se extravían con peligro de su alma!

Los santos no han sido, por consiguiente, durante su estancia aquí abajo, ni espíritus sencillos y limitados, extraños á las cosas de la inteligencia y del saber; ni corazones estrechos y egoístas, únicamente ocupados de sí mismos y cerrados á todas las necesidades de sus semejantes. Todo al contrario, los santos han sido todos ellos espíritus ilustrados, rectos y sólidos, con ideas nobles y aspiraciones elevadas. Todos han sido igualmente corazones generosos, llenos de una caridad tierna por sus semejantes, y consagrados hasta la muerte, sea á las necesidades espirituales, sea también á las necesidades temporales. Los santos han marchado, pues, de todas maneras, á la cabeza de la humanidad; han sido su honor, los modelos y los bienhechores.

No obstante, no han sido, como parecen creerlo injustamente otras personas, seres á parte y de una naturaleza superior á la nuestra. Este prejuicio sobre los santos viene de nuestra flojedad. Quisiérase persuadir de que los santos han sido de otra naturaleza y mejor que la nuestra, á fin de no creerse obligado á hacer lo que

ellos han hecho, y poder excusarse de su pereza para el bien y de sus caídas en el mal, por una pretendida inferioridad natural. Pero es tan falso prestar á los santos una naturaleza privilegiada, como lo es atribuirles una naturaleza inferior y empuñada. Los santos, por su naturaleza, han sido absolutamente parecidos á nosotros. Como nosotros, han tenido conciencia del bien, y lo han encontrado bello, justo y deseable; pero, como nosotros también, han sido llevados al mal por la triple concupiscencia que está en todos los hombres, desde el pecado original, el cual ha viciado la naturaleza humana enteramente. Y de hecho, muchos de ellos han principiado por ser grandes pecadores, antes de llegar á ser santos. Quién no conoce la historia de San Pablo, de San Agustín, de Santa Maria Egipcíaca, y otros mil semejantes? Seguramente, nadie se atreverá á pretender que estos personajes hayan encontrado en su naturaleza excepcionales facilidades para santificarse, puesto que la historia atestigua todo lo contrario. Pues bien, lo mismo ha acontecido con los demás santos como con estos; es decir, que en lugar de ser llevados á la santidad por su naturaleza, todos ellos han tenido que combatirla y violentarla, para practicar, apesar de ella, las virtudes cristianas, y cumplir con todos sus deberes.

Nó, nó, no creáis, cristianos, que los santos hayan sido de una naturaleza diferente de la nuestra, y que se hayan santificado sin costarles. Para ellos como para nosotros, la puerta del cielo ha sido una puerta estrecha¹; para ellos como para nosotros, el reino de los cielos ha sido este reino que solamente alcanzan los que se hacen violencia². Véase á San Geronimo. Principia por huir del mundo y refugiarse en el fondo de un desierto. Pero esto no le basta. La naturaleza en él no está ya excitada por las tentaciones exteriores; no obstante, no deja de insurreccionarse hasta tal punto que, para domarla, se vé obligado á arrojarse completamente desnudo sobre las espinas y á desgarrarse el pecho á golpes con una piedra.

Con este sangriento espectáculo, quién podrá hacerse todavía esa

1. Mat. vii, 14. — 2. Mat. xi, 12.

ilusion, de creer que los santos no eran hombres como nosotros, arrastrados al mal, como nosotros tambien obligados á combatir hasta el héroísmo sus pasiones? Nó, nó, todavía una vez, los santos no han sido más privilegiados que nosotros bajo este aspecto, y Dios solamente no los há santificado. Es con su gracia sin duda cómo han llegado á sér santos, pero con su gracia diariamente solicitada con humildes oraciones, recibida con reconocimiento y empleada con fidelidad. Hé aqui en lo que son superiores; porque es sin deseo y sin sinceridad que pedimos á Dios sus gracias, cuándo lo hacemos; es con indiferencia cómo las recibimos, y lo más frecuentemente no sacamos ventaja alguna. De ahí viene que Dios, viendo sus dónes menospreciados por nosotros, nos los acuerda menos cada vez; en lugar de que los daba á los santos de más en mejor, porque estos fieles servidores se servian de ellos para trabajar para su gloria, perfeccionándose en la virtud y realizando todo bien ¹.

1. *El reino de los cielos es parecido á un grano de mostaza*, (el más pequeño de los granos). La vida de los santos arroja una viva luz sobre esta verdad. Su vida há sido llenada en cosas muy ligeras en apariencia; pero si no hubiéran correspondido á los impulsos de la gracia, nunca hubiéran llegado á ser tan grandes santos, y quizás se hubiéran para siempre perdido. Pensád, por éjemplo, en San Antonio. Si no hubiéran obedecido á esta inspiracion del Señor: « Vés á misa, » si, en esta misa, no hubiéran oido esta palabra del Evangelio: *Quieres ser perfecto? Vende lo que tienes, dálo á los pobres y sígueme*, quizás habria guardado sus bienes toda su vida, quizás se corazon se habria pegado á las riquezas; probablemente no hubiéran ido al desierto, ni llegado á ser el patriarca de una multitud de santos. Sin duda, habria sufrido esta maldicion: *Desgraciadas los ricos!* y se hubiéran quizás perdido para siempre. Hé aqui el grano de mostaza, — otro tanto se puede decir de San Juan de Dios. Si no hubiéran escuchado esta palabra del Señor: « Vés al sermón »; si no hubiéran ido en ése día; si no hubiéran oido precisamente el sermón que instantaneamente le hizo un santo, porque habia entrado pecador en la iglesia, yo le pregunto: seria hoy un santo? No seria quizás un reprobó? Pues bien, sabéis de qué gra-

Hé aqui, pues, lo que han sido los santos en la tierra. Por un lado, han sido hombres superiores por su caracter y por sus obras; por otro, han sido hombres absolutamente semejantes á nosotros por su naturaleza, y no han llegado á santificarse más que combatiendo sin descanso sus pasiones, el mundo y el demonio. Véamos ahora

II. — *Lo que son ellos en el cielo* ¹. Una palabra sola puede résumir el estado en el cuál los santos se encuentran en el cielo; y esta palabra es que son los huéspedes queridísimos de Dios. Si, cuándo recibimos bajo nuestro techo amigos que queremos, no économizámos nada para alejar de ellos todo desagrado y procurarles toda clase de satisfacciones; nadie duda que suceda esto mismo con Dios respecto de los santos que son sus amigos queridos, puesto que le han estado fielmente unidos durante su vida terrestre, hasta el punto de sacrificarlo todo, sus intereses y ellos mismos, antes que desagradarle violando su ley. Pero mientras que, apesar de todo nuestro deseo y de toda nuestra buena voluntad, no logramos procurar á nuestros amigos una dicha completa, porque distamos de poder hacer todo lo que queremos; por el contrario, Dios procura á los santos, sus huéspedes, una felicidad que no deja nada por desear, porque todo lo que quiere, lo puede.

Huéspedes de un Señor infinitamente bueno y poderoso, los santos, en el cielo, están al abrigo de toda pena y de todo sufrimiento. Por lo demás, si las penas y los sufrimientos tienen su razon de ser aqui bajo para probarnos, en el purgatorio para acabar de purificar las almas que pasan por este lugar de expiacion, en el infierno para castigar á los que se han obstinado en el mal hasta el ul-

cia há hecho Dios depender vuestra salvacion éterna? Lo ignorais; aprovechád todas las gracias que el Señor os ofrece. Hacedlo, y os santificaréis (Venninger. S. J. *Sermones*. Fiesta de Todos los Santos).

1. *Quales cœli cives*: 1º Omnes sapientissimi. 2º Omnes amici sunt sincerissimi. 3º Omnes nobilissimi. 4º Omnes speciosissimi. 5º Omnes benemorati et aulici. 6º Omnes ditissimi. 7º Omnes jucundissimi et lætissimi (FABER, *Op. conc. in festo omn. ss. conc. 3. auct.*).